

1

Richard, demasiado emocionado y ausente para atender la lectura de aquel documento, trataba de mantener los ojos fijos en el bolígrafo. Pero la voz de Isabelle lo hacía estremecerse y, a su pesar, alzaba la cabeza para rozar a la joven con la mirada antes de volver rápidamente al bolígrafo. Ella había cambiado, se había cortado el pelo, había adquirido seguridad y madurez. Algunas arrugas de expresión se marcaban en la frente y en los pómulos, aunque llevaba muy bien sus treinta y cinco años.

—¿Preguntas, señor Castan?

Isabelle se dirigía a él, lo que le obligó a salir de su mutismo.

—No, ninguna —balbuceó.

Señor Castan. Qué raro le resultaba oírse llamar así por Isabelle, la pequeña Isa que había sido como su hermana, su mejor amiga, antes de convertirse en su gran amor de juventud y, después, en su gran pesar.

Esta vez tuvo la valentía de contemplarla y se le encogió el corazón.

—Rubrique todas las páginas, por favor —dijo ella sonriéndole—, feche y firme la última.

Por la mitad de una sonrisa así, habría vendido de buena gana su alma al diablo, algo que, por desgracia, ya había hecho. Mientras ella deslizaba hacia él la escritura de venta, él quitaba el capuchón del bolígrafo. Nunca habría debido encontrarse allí, frente a ella. Llevaba casi quince años intentando evitar una

situación como aquella. En principio, estaba previsto que la reunión tuviera lugar en el despacho de su notario, con un empleado del estudio Ferrière que representara al vendedor, y en ningún caso con Isabelle presente. Pero una inoportuna avería en el sistema de aguas, ocurrida aquella misma mañana, obligó a todo el mundo a desplazarse, por lo que a Richard no le quedó más remedio que acudir.

No contento con no haber escuchado, ni se tomó la molestia de leer. Tenía prisa por acabar, por alejarse de Isabelle y de aquel lugar lo antes posible. Sacó su talonario de la chaqueta, aliviado de poder al menos hacer algo. Aunque no se tratara más que de un pequeño terreno no edificable, aquella compra resultaba ser un buen negocio puesto que, por tercera vez, Richard conseguía ampliar la parcela de su hotel. Ya había pensado lo que iba a hacer con aquellos mil quinientos metros cuadrados suplementarios que supondrían un pulmón verde alrededor de los edificios. Su jardinero bufaba de impaciencia.

—Todo en orden —dijo Isabelle con calma.

Era muy profesional, estaba muy cómoda en su papel. Hija de Lambert Ferrière, se había convertido a su vez en notaria y había conservado casi toda la clientela de su padre. Una joven guapa que dedicaba su vida al trabajo y que no pensaba en casarse. De nuevo, Richard tuvo la impresión de que un peso lo aplastaba, le impedía respirar. ¡Señor! ¿Aún producía Isabelle ese efecto sobre él, después de tantos años? La vio estrechar la mano de su colega, que le agradecía su recibimiento.

—Señor Castan —preguntó ella con tono inocente—, ¿puedo retenerlo unos minutos?

Richard asintió con un pequeño gesto de la cabeza y permaneció de pie, muy rígido, mientras ella acompañaba a los demás hasta la puerta de su despacho. Cuando regresó, él consiguió mirarla a la cara.

—Vaya —suspiró—, hacía siglos...

Ella lo miraba en silencio, con una expresión enigmática.

—No estaba previsto —añadió él rápidamente—. ¡No tengo nada que ver! Estuve a punto de no venir cuando supe que tendríamos que desplazarnos hasta aquí. Pero tú no estabas obligada a asistir a la firma, habrías podido delegar en uno de tus...

—Calla un momento, ¿quieres? Me alegro de verte.

En ese sentido, ella no había cambiado nada. Era siempre muy directa.

—No vamos a dejar pasar la ocasión —continuó—. Esta mañana, cuando me llamó tu notario para saber si la reunión podía celebrarse en nuestras oficinas, me dije que era mi día de suerte.

—¿Suerte? —repitió él, incrédulo.

Ella hizo un gesto despreocupado, se dejó caer en un sillón y cruzó las piernas. Su traje de chaqueta gris perla era de una elegancia irreprochable, al igual que sus zapatos.

—Siéntate, Richard. Por favor.

Él obedeció porque no se le ocurría ninguna excusa para poder escapar.

—El pasado está olvidado —dijo ella dulcemente—. Por lo que a mí respecta, he pasado página respecto a toda la historia. Sabes, a veces hablo de ti con Lionel y... ¡Oh, caramba, hay que enfrentarse a ello, ahora o nunca!

Su brusca vehemencia lo pilló desprevenido.

Quería obtener algo de él, pero ¿qué? Era él quien debía hacerse perdonar. Lo había intentado desesperadamente quince años antes. Había suplicado a Isabelle, a Lionel, también a su madre, aun sabiendo que a sus ojos se había convertido en un ser maldito. No, el pasado no podía olvidarse, como acababa de sugerir Isa. Ninguna varita mágica borraría aquella noche de junio en la que...

—¿Richard? No me respondes y apenas me miras. ¿No quieres que hagamos las paces?

—Por supuesto. Pero es imposible.

—¿Por qué?

—Aunque solo fuera por tu madre.

—Ahora las cosas son distintas. Ella ha acabado por admitir que la vida sigue. De hecho, cuando se instaló en su piso, no volvió a poner las fotos de papá por todos los rincones. Ahora juega mucho al golf, tiene amigas con las que viaja. Digamos que ya no eres su bestia negra o, al menos, ya no piensa en ti a cada instante.

—Mejor —dijo él, con más frialdad de la que hubiera deseado.

Se dio cuenta, con una sensación de malestar, de que lo que pasara con Solène Ferrière le era indiferente. ¿Qué edad tendría ahora? ¿Sesenta y tres, sesenta y cinco? Ya no se acordaba, se había esforzado mucho por borrarla de su memoria. A causa de ella se culpabilizó hasta la náusea, hasta el vértigo, y ella no le había concedido nada.

—Estás casado, creo, ¿no? —siguió Isabelle, con tono desen-
vuelto.

—No lo crees, lo sabes. ¡Tours es un pueblo!

—Qué exagerado. Pero claro, se habla de ti, de tu hotel, que recibe tantos elogios... Mira, no imaginaba que fueras a ser ecologista.

—Viniendo de ti, suena peyorativo.

—Bueno, no tenías ese tipo de ideales, si no recuerdo mal.

—He evolucionado.

—Mientes.

Ante los ojos maliciosos de Isabelle, él se echó a reír, sorprendido.

—De acuerdo, aproveché la ocasión. La ecología está de moda. La gente está sensibilizada con el tema. Al principio, solo vi el aspecto comercial de un concepto nuevo que iba a gustar. Después, el asunto me atrapó.

—¿De verdad?

—Sí.

—Me lo tendrás que explicar.

—¿Explicarte qué y cuándo? ¿Vamos a volver a vernos, Isabelle?

La pregunta, espontánea, se le había escapado.

—Yo estaría encantada —respondió ella lentamente—. ¿Tú no? Él negó con la cabeza, consternado. Volver a ver a Isa sería una tortura, eso estaba claro. Sus destinos se habían separado para siempre, y él casi había conseguido aceptarlo y no pensaba repetir aquel vía crucis.

—¿Entonces? —insistió ella. —¿Vamos a ser unos extraños? ¿Es lo que quieres?

Le tendió la mano, sin acabar el gesto. Sus grandes ojos color ámbar reflejaban una gran tristeza, que una débil sonrisa no hacía más que acentuar.

—Richard... —dijo en voz baja.

Esa manera de pronunciar su nombre tenía algo de particular, porque separaba las sílabas, arrastrando la segunda con una inflexión tierna. Él se sintió de pronto en el pasado, transportado a una época feliz.

Feliz, quizá, pero totalmente muerta ya.

—Ya no tenemos nada que compartir, Isabelle. Quise creer lo contrario con todas mis fuerzas, pero ya viste que eso no llevaba a ninguna parte.

—¡Mamá hizo todo lo posible para que no encontráramos ninguna salida! —protestó con tono amargo.

—Sin duda no la había. Nos habríamos envenenado la existencia.

—¿Sigues llevando encima el sentimiento de culpa? —repuso ella con rabia.

—¿Yo? ¡Oh, si hubiera podido dejarlo al borde de aquella maldita carretera, lo habría hecho, créeme!

Se sentía invadido por la cólera. ¿Por qué reabrir antiguas heridas que sangrarían de nuevo? Se levantó e hizo una inspiración profunda.

—Ahora, déjame marchar.

Aún sentada, ella lo contempló por unos instantes y luego, de pronto, abandonó su sillón y caminó hacia él. Richard no tuvo tiempo de retroceder antes de que ella lo agarrara por los

hombros, atrayéndolo hacia sí con una fuerza inesperada. Sus labios se tocaron mientras ella lo rodeaba con los brazos.

—No me rechaces —susurró—. Tengo ganas y tú también.

¿Ganas? ¡Era mucho más! Hubiera querido arrancarle la ropa, tumbarla sobre la moqueta, besarla, tocarla, sentirla, fundirse con ella. Su deseo estaba intacto, era apasionado, pero estaba acompañado por una angustia tal que consiguió apartarse.

—No quiero. Me volvería definitivamente loco —murmuró.

En sus sueños más secretos, más ocultos, había fantaseado alguna vez con un encuentro fortuito, con un reencuentro improbable. ¡Isabelle lo había obsesionado durante tanto tiempo...! Pero cada despertar era más duro, y se había jurado no volver a ponerse en peligro, aunque las casualidades de la vida le ofrecieran una oportunidad.

Recogió la escritura de venta sin pensarlo, obstinado en no mirar a la joven, y salió de allí como un ladrón.

Jeanne cerró el libro de registro del hotel, satisfecha con lo que acababa de verificar. Se acumulaban las reservas, una vez más. La tasa de ocupación llegaría al máximo este año. Por supuesto, Richard estaba en contra, pues decía que los clientes apreciaban la tranquilidad, y que cuando el hotel estaba lleno, había demasiada gente en muy poco espacio. Con el terreno que estaba comprando, iba a encontrar el sitio que parecía faltarle.

Jeanne, de un vistazo, se aseguró de que todo estaba en orden en el vestíbulo de recepción. Un hermoso ramo de flores reinaba sobre la consola, el suelo de baldosines antiguos brillaba con un resplandor cálido gracias al aceite de linaza y, en el rayo de sol que atravesaba el gran ventanal, no había ni una partícula de polvo en suspensión. Comprobó la temperatura, regulada a veinte grados, la humedad, que era perfecta, y las previsiones del gran barómetro de cobre. Cada mañana, Jeanne inspeccionaba hasta el más mínimo detalle antes de sentarse a

desayunar. Mantener un hotel de aquella categoría no era fácil, pero, al igual que a Richard, le encantaba su trabajo.

Al principio les había costado un poco repartirse las tareas y trataban de ocupar todos los puestos a la vez para ahorrar en personal. De hecho, Richard no sabía delegar; se había implicado tanto en el proyecto que había perdido el sueño. Pero al final su negocio resultó ser rentable y luego próspero.

Jeanne tenía que admitir que Richard había sido un visionario. El pequeño castillo del Balbuzard —una joya del Renacimiento adquirido por un precio interesante gracias a su estado ruinoso— se encontraba en un lugar ideal, a unos kilómetros de Tours, en el linde del bosque de Amboise. De dimensiones demasiado modestas para ser transformado en hotel, disponía sin embargo de un entorno excepcional con casi tres hectáreas de un hermoso terreno con un estanque. Tomaba su nombre de esas rapaces diurnas también llamadas águilas pescadoras, por su afición al pescado y, en consecuencia, Richard había hecho todo lo posible para proteger a las dos o tres que frecuentaban su estanque. Pero las aves eran la última de sus preocupaciones cuando Richard y Jeanne emprendieron la aventura. Aunque disponían de poco dinero, no les faltaban ideas; la mejor había sido interesarse por la ecología. El informe impecable que había preparado Richard sedujo a todo el mundo, desde el Consejo Regional a los inversores particulares. Se beneficiaron a un tiempo de subvenciones, de primas, de ventajas fiscales y de capitales privados, y así nació la hacienda del Balbuzard.

Sobre el papel, todo parecía sencillo, se trataba de construir junto al castillo edificios que fueran auténticos modelos para el medio ambiente. Los planos del arquitecto, magníficamente elaborados, comprendían varios bungalós de cristal y madera, cuyas estructuras debían fundirse con la naturaleza. Ventilación natural, orientación perfecta, recogida de aguas de lluvia, paneles solares sobre los tejados, geotermia y calderas de serrín de madera: todo estaba pensado en función de un aprovechamiento

total de la energía. Bien integrados en medio de los árboles y de la vegetación, en aquellos bungalós se encontraban las habitaciones y suites destinadas a los clientes. Ultramodernos pero muy acogedores, gustaban tanto que eran los responsables del éxito y la reputación del Balbuzard. Quienes se alojaban allí unos días disfrutaban del contraste entre el pequeño castillo del siglo XVII, donde se encontraba la recepción, el bar y una sala de billar, y aquellos islotes futuristas de vidrio y madera, donde todo parecía concebido para preservar el planeta sin sacrificar en absoluto el confort. Cohabitaban así con éxito dos épocas, gracias al talento del arquitecto y al empeño de Richard.

Ante la prosperidad del Balbuzard, Jeanne había pensado en añadir un restaurante, pero hasta entonces no había podido concretar su idea, ante la negativa categórica de Richard. Según él, las obligaciones se multiplicarían, sería demasiado difícil encontrar un buen cocinero y, sobre todo, todavía no habían pagado todos sus créditos.

Jeanne salió del vestíbulo hacia la cocina. La había decorado ella misma mientras Richard reparaba una parte del primer piso. Durante todo un año, se deslomaron dentro de aquellas paredes desde la mañana a la noche, pues no tenían un solo euro para la zona privada. De esa época de trabajo agobiante, Jeanne conservaba sin embargo un recuerdo excelente. Fuera, los obreros manejaban grandes máquinas de obra y no utilizaban más que materiales de primera clase para dar forma a las casas de cristal bajo la estricta vigilancia del arquitecto. Durante ese tiempo, Jeanne y Richard no tenían más que su entusiasmo, unos botes de pintura y herramientas viejas para concluir las obras de la zona privada. Por la noche, tras la marcha de los obreros, iban a contemplar las futuras habitaciones del hotel. Richard imaginaba caminos, macizos, rocallas que unieran entre sí aquellos remansos de paz. Soñaba con palmeras, plantas exóticas, una vegetación exuberante que el clima de la Turena hacía posible. Jeanne pensaba en la decoración, imaginaba telas con mucho color, objetos insólitos. Después, volvían a su casa de la mano, aún

sorprendidos de habitar aquel pequeño castillo de cuento de hadas. Acababan haciendo el amor y se dormían, agotados. Jeanne estaba feliz, enamorada, creía en el porvenir. ¿En qué momento había dejado de creer en él?

En la cocina, se sirvió un café y cortó unas rebanadas de pan que puso a tostar. Cada mañana, se repetía el ritual. A pesar de las idas y venidas de las dos mujeres del servicio que preparaban los desayunos de los clientes, Jeanne leía el periódico mientras saboreaba una gran taza de arábica y devoraba sus tostadas. De vez en cuando alzaba la vista para asegurarse de que todo estaba perfectamente colocado en las bandejas. La fruta procedía de la agricultura biológica, el queso fresco de un criador de cabras vecino y el pan de un panadero artesano que trabajaba con harinas integrales. Jeanne seleccionaba con esmero hasta el menor producto, desde las mermeladas a los terrones de azúcar, y la vajilla, artesanal, había salido del comercio justo.

—¡Ya está hecho! —gritó Richard al entrar.

Colocó la escritura de compraventa sobre la mesa y se inclinó para besar a Jeanne en el cuello.

—El terreno es nuestro, la finca crece...

Pero su voz no era muy alegre. Jeanne lo observó un segundo y le pareció que estaba cansado.

—¿Quieres un café, cariño?

—No te muevas, ya me ocupo yo.

Cuando estaba de humor sombrío, era mejor dejarlo en paz. Reanudó la lectura de su periódico y esperó que viniera a sentarse frente a ella.

—Ha habido una avería en las canalizaciones de agua en Castex, así que hemos tenido que firmar en la notaría Ferrière.

El nombre la hizo estremecerse. Alzó con ímpetu la cabeza para mirar de frente a Richard.

—¿Has visto a Isabelle?

Plantada en aquel tono, la pregunta parecía un grito de desesperación y ella se mordió los labios.

—Sí, estaba allí —se limitó a contestar Richard.

Jeanne comprendió que no iba a decir nada más, pero no pudo evitar insistir.

—¿Te ha causado alguna impresión? —preguntó con demasiada vehemencia.

Su marido lanzó una mirada extraña, como si no la viera en realidad.

—Cómo quieres que me dejara indiferente... —murmuró.

Ahora ella debía parar, cambiar de tema, pues ese era demasiado peligroso. En el corazón de Richard habitaba una grieta profunda que se llamaba Isabelle Ferrière, y nadie podía hacer nada. Jeanne menos que nadie, porque ya lo había intentado todo. ¡Oh, por supuesto, él no hablaba ya de ello, ni siquiera lo mencionaba! Como era sincero, se lo había contado todo poco después de su primer encuentro, y la dejó libre para formarse una opinión, o incluso rechazarlo. En aquel momento Jeanne se sintió lo bastante fuerte como para hacerle olvidar el drama de su juventud, lo bastante fuerte para consolarlo por aquella pena de amor que arrastraba consigo como una losa. Y había fracasado, y eso le afectaba a menudo de una manera evidente, la hería. No, Richard no se iba a recuperar, quizá porque no quería. ¿Era una forma de no envejecer? Mientras se aferrase a sus recuerdos, mientras no pasara aquella página de su vida, podía seguir identificándose con el joven que había sido, de porvenir brillante y mimado en el seno de la familia Ferrière... hasta que la destruyó.

—Martin está fuera, esperándome —dijo él, empujando la taza vacía—. ¿No me necesitas?

—Me las arreglaré. ¡Vete a soñar a tus tierras!

Ella sabía que él no se resistía a la amabilidad. Dirigirse a él con ternura siempre lograba derretirlo inevitablemente. Cualquiera podría creer que estaba necesitado de afecto.

—¡Martin no tiene nada de soñador, seguro que tiene un montón de bocetos preparados!

Su jardinero era un adicto al trabajo, además de un artista. Al principio, había refunfuñado un poco ante la prohibición de

usar productos tóxicos, insecticidas o herbicidas, pero había acabado por hacerse sus propios productos naturales casi igual de eficaces. Su mayor placer consistía en jugar con los colores y las formas, para crear perspectivas originales y dar a la vegetación una apariencia de libertad que en realidad controlaba con todo detalle.

Como pensaba, Richard lo encontró junto a la verja. Usando una mano como visera, observaba el terreno vecino con aspecto de querer desbrozarlo de inmediato.

—¡Cuánto trabajo hay! —dijo alegremente.

Se volvió hacia Richard, y le lanzó una sonrisa radiante.

—¿Jardín japonés, jardín inglés? ¡Ah, podríamos imaginarnos cualquier cosa! Pero vamos a ser sensatos, ¿eh? Un pequeño circuito de paseo para los clientes, muy matizado. Pienso en bambúes para el fondo, jazmín estrellado y mirto para los perfumes, fucsias rústicas en macizo, flor ave del paraíso, quizá un sauce japonés...

—¿Rosales no? —se burló Richard.

—¡Sí! Rosales arbustivos con flores grandes, como la Gaby Morlay, que es color ámbar y albaricoque. Y luego trepadores, claro. Mire, un Alcázar junto a un Papa Meilland, ¡quedaría fantástico!

Conquistado por su entusiasmo, Richard señaló hacia la tela metálica.

—Lo primero es quitar esto. Puede empezar, ya es nuestro.

Decía a menudo «nosotros» cuando hablaba del hotel con la gente que trabajaba allí. A Jeanne le parecía que era muy hábil por su parte, pero, en realidad, se trataba de una expresión espontánea. El Balbuzard requería un trabajo en equipo, del que Richard se sentía como mucho el capitán.

Richard abandonó a Martin, que ya se había hecho con unas grandes tenazas para cortar los alambres, y se alejó. Un olor de primavera flotaba en el aire, ligero, y rayos de sol jugueteaban a través del follaje. Si uno no se alejaba del camino principal, los bungalós de cristal y madera apenas se veían. Cada uno contaba

con su propio camino, y los clientes se divertían perdiéndose. Richard saludó a lo lejos a una pareja que se dirigía a la suite número 3, acompañada por una camarera, y luego se encaminó hacia el huerto, seguro de encontrar allí la calma, puesto que Martin estaba ocupado en otra parte.

Sentado sobre el murete de piedras blancas, se permitió un cigarrillo. Había reducido considerablemente su consumo, pero fumar aún lo ayudaba en los momentos difíciles. Y aquella mañana había sido muy dura.

—Isa... —suspiró.

Miró cómo se formaba la ceniza alrededor de la punta incandescente del cigarrillo, y exhaló un humo azulado que le hizo toser. De adolescentes, Isabelle, Lionel y él se escondían para fumar los Camel robados de la cajetilla de Lambert Ferrière. Eran despreocupados, mimados y muy felices. Pero como Richard sabía bien, la felicidad nunca dura mucho tiempo. Desde siempre, su vida parecía repartirse en ciclos distintos y a la vez casi iguales: años buenos alternándose con los malos. Hijo único, fue un niño deseado y amado. Sus padres, Gilles y Muriel, formaban una pareja brillante, mundana, original y llena de encanto. Arqueólogos los dos, estaban locos el uno por el otro, viajaban mucho, ganaban dinero que gastaban enseguida y poseían el don de convertir la vida en una fiesta continua. En un instante de lucidez, Gilles escogió a su más viejo amigo, Lambert Ferrière, para que fuera el padrino de su querido hijo, pues Lambert, al contrario que Gilles, era un hombre reposado, con un trabajo fijo y una familia tranquila. Acogía de buena gana a su ahijado largas temporadas, por lo que Richard tuvo como amigos de infancia a Isabelle y a su hermano Lionel. Los tres niños se entendían de maravilla. Cuando los Castan desaparecían en Egipto para hacer excavaciones, Richard pasaba veranos enteros en Tours sin aburrirse y sin sentir carencia de afecto. En su papel de padrino, que se tomaba muy en serio, Lambert se ocupaba de Richard como de sus propios hijos. Su esposa, Solène, era más reservada respecto al niño, pero se las arreglaba para no

demostrarlo. De espíritu severo, no le gustaban nada los Castan, molesta por su modo de vida desordenado y dispendioso. «¡Menuda idea tener un hijo para no ocuparse de él! Por lo que a mí respecta, no podría confiar los míos a cualquiera.» Cuando decía esas cosas, siempre con un tono afectado, Lambert contestaba que, por suerte, ellos no eran *cualquiera*. Se las arreglaba para inculcar en Richard, mientras estaba con ellos, una escala de valores de la que sus padres nunca le hablaban. Pero no juzgaba por eso a su viejo amigo Gilles, hacia el que sentía una gran admiración. Gilles poseía la fantasía de la que carecía Lambert, la capacidad de burlarse de todo y de correr riesgos entre risas. Era capaz de sembrar su existencia de lentejuelas.

Por desgracia, el reverso de la moneda fue trágico. En 1985, la avioneta que Gilles y Muriel habían alquilado para sobrevolar el Nilo se estrelló. ¿Error de pilotaje, fallo mecánico? Encontraron sus cuerpos destrozados en la carlinga, y los restos de una botella mágnam de champán. ¿Gilles había bebido a los mandos del aparato? Era muy capaz de haber querido divertirse en el cielo con Muriel, sin pensar que estaban arriesgando sus vidas.

Hundido, Lambert se vio obligado a darle la noticia a Richard, que acababa de cumplir trece años. Y sin plantearse siquiera la cuestión, sin comentárselo tampoco a su mujer, Lambert se responsabilizó desde ese momento de Richard. A su situación de padrino se añadió la de tutor legal, y pidió encarecidamente a Isabelle y a Lionel que lo considerasen como un hermano.

Solène no podía negarse a acoger al joven huérfano y puso buena cara, pero nunca llegó a aceptar del todo a aquel nuevo miembro en su familia. Consideraba que con Lionel, y después con Isabelle, había tenido la suerte de tener la parejita, lo que satisfacía su felicidad como madre. Aquel quinto elemento, que de ocasional se convertía en permanente, alteraba el orden de su organizada existencia.

Gilles y Muriel dejaron poca cosa tras ellos. Su piso parisino era alquilado, y aparte de una modesta cuenta de ahorros, no poseían nada. Lambert vendió los muebles y los pocos objetos de valor que encontró, incluidas dos estatuillas egipcias cuya procedencia legal no consiguió demostrar. En el fondo de una pequeña caja fuerte disimulada en un armario, encontró también joyas antiguas que aumentaron algo la escasa herencia de Richard. Como tutor, Lambert no podía disponer del dinero, que fue bloqueado, pero como notario experto se las arregló para hacerlo prosperar.

Desde el entierro, Lambert se había mantenido al lado de Richard, ofreciéndole un apoyo constante, y en los años que siguieron dedicó mucha atención y ternura al adolescente. Con el tiempo, llegaron a ser tan íntimos que la amargura de Solène creció. «¡Te ocupas más de él que de tus propios hijos!», le reprochaba a Lambert, que se encogía de hombros. Él era un buen padre, lo sabía, y no hacía diferencias entre los tres adolescentes. Lionel tenía un año menos que Richard, y los dos eran uña y carne; en cuanto a Isabelle, la pequeña, la empujaban en medio de los juegos, la consolaban, se burlaban de ella o la admiraban, pero jamás la excluían. Cuando se convirtió en una jovencita, Lionel y Richard dejaron de tirarle de las trenzas para convertirse en sus caballeros. Estuvieron acertados pues, cuando se desprendió de su acné y del aparato dental, Isabelle resultó ser preciosa. Sus grandes ojos dorados, en forma de almendra, se extendían hacia las sienes, tenía los labios carnosos, la piel mate, la nariz fina y recta. Esbelta, graciosa, le gustaba reírse a carcajadas y parecía no tener miedo de nada. Rápidamente se convirtió en la preferida de los chicos, de todos los chicos, incluido Richard. Al cabo de unos meses, la forma en que el muchacho miraba a la pequeña Isa se transformó. Su relación cambió, hasta que entendieron lo que les estaba pasando.

Aún destrozado tras la muerte de sus padres, Richard sentía la hostilidad latente de Solène, y se cuidaba mucho de mostrar su atracción hacia Isabelle. Sabía que eso provocaría un escándalo, aunque no hubiera nada malo en enamorarse de una chica

que no era su hermana. En consecuencia, Isa y él eran muy prudentes, y procuraban mantener una actitud de normalidad en público, pero en cuanto se encontraban solos, se arrojaban uno en brazos del otro y murmuraban palabras de amor que pronunciaban por primera vez. Inexpertos como eran, se contentaban con coquetear, con tanta torpeza como avidez. Aquellos besos robados eran instantes mágicos, aunque una culpabilidad vaga planeaba sobre ellos. A Isabelle no le gustaba mentir, y Richard tenía la impresión odiosa de estar traicionando a Lambert. Varias veces estuvo a punto de hablar con él, pero renunciaba en el último momento porque Isa le suplicaba que callase. Quería llegar a la mayoría de edad para escapar de la furia materna, que sin duda estallaría. Aunque quisiera a su madre, Isabelle la conocía lo bastante bien como para desconfiar de sus reacciones coléricas.

Richard aprobó el bachillerato a los diecisiete años y, naturalmente, se inscribió en Derecho para complacer a Lambert, que soñaba con ver a los tres jóvenes convertidos en notarios. «Trabajaréis primero conmigo, y después me jubilaré y os dejaré todas mis participaciones. La notaría Ferrière y Asociados se convertirá en Ferrière, Castan y Asociados. Suena bien, ¿verdad?» Con su entusiasmo, ¿Lambert quería honrar la memoria de su viejo amigo Gilles? En cualquier caso, Richard no quería decepcionarlo. Tanto menos cuanto que Lionel había tenido que repetir el último año, pues estaba demasiado ocupado corriendo detrás de las chicas para concentrarse en sus estudios. Isabelle, sin embargo, sacaba unas notas excelentes. Pasó a la misma clase que su hermano, lo ayudó lo mejor que pudo a preparar los exámenes de fin de curso y aprobaron juntos el bachillerato, Lionel por los pelos e Isabelle con buena nota. Aquel verano se marcharon los tres de cámping lejos de los padres. Se habían llevado una tienda para los dos chicos y otra individual, en principio destinada a Isa. Por supuesto, lo que tenía que ocurrir ocurrió una cálida noche de julio, con el consentimiento tácito de Lionel, que hacía tiempo que había adivinado los sentimientos

de su hermana y de Richard. Por su parte, él no veía obstáculo alguno, pero les auguraba todos los problemas del mundo si Solène llegaba a descubrir el pastel.

El otoño y el invierno fueron difíciles para los jóvenes, que seguían escondiéndose. Estaban locamente enamorados, pero no podían demostrarlo en la universidad; Isabelle también se había inscrito en Derecho. Cuando volvían a casa, recuperaban de mala gana su papel de amigos de la infancia, cada vez más incómodos. En Semana Santa, fueron a esquiar a los Alpes, con Lionel como carabina, pero en realidad casi no salieron de la habitación del hotel, y Lionel se quedó solo bajando las pistas. A la vuelta, Richard decidió que, fueran cuales fuesen las consecuencias, debía confesárselo todo a Lambert. Si le pedía la mano de su hija, tendría derecho a mirarlo cara a cara, cosa que ya no conseguía hacer. Pero Isabelle, muy angustiada ante la perspectiva de la tormenta familiar, consiguió que tuviera paciencia hasta el mes de junio, después de los exámenes y de cumplir dieciocho años.

Richard aprobó mientras Isabelle acababa con entusiasmo su primer curso. Lionel suspendió y anunció que abandonaba la carrera. Decepcionado con su hijo, Lambert no escatimó en felicitaciones a su hija y a Richard. El camino que llevaba al título de notario era aún largo para los jóvenes, pero Lambert se alegraba al constatar que su sueño empezaba a tomar forma. Solène se callaba al oírlo hablar de un futuro en el que Richard ocupaba tanto sitio y Lionel tan poco. Decidió mostrar su amargura sugiriéndole a Richard que se buscara una habitación de estudiante o un estudio; en resumen, un lugar en el que ser independiente, algo «normal para su edad», más normal en todo caso que seguir «bajo las faldas de los Ferrière». Si hubiera podido, se habría deshecho de Richard. Ella, que también era notaria, trabajaba en el despacho a media jornada y nunca se había implicado mucho, pero se negaba a imaginar que Richard pudiera ocupar un día el despacho de Lambert. Esa perspectiva la revolvió, pero el abandono de Lionel la hacía ahora más probable. Exasperada, insistió para que el joven se fuera al menos de su casa.

A fin de complacer a su esposa, y también porque Richard tenía veinte años, Lambert aprobó la idea. Una tarde de junio, propuso acompañar al joven, que debía inscribirse en el doctorado, y buscar con él un alojamiento agradable cerca de la Universidad François-Rabelais. Juntos visitaron media docena de estudios, hicieron proyectos para los años siguientes, y luego Lambert invitó a cenar a Richard. Quería celebrar su licenciatura y le propuso acudir a la posada de Port-Vallières, a unos kilómetros de Tours. En aquel antiguo *bistrot* de pescadores convertido en un excelente restaurante, comieron una fritura del Loira y manitas de cerdo. Durante el transcurso de la cena, Lambert se mostró tan elocuente y alegre que Richard decidió esperar a la vuelta para hablarle al fin de su amor por Isabelle. Cuando abandonaron el restaurante, aún había luz y la temperatura era cálida. Delante del coche, Lambert pidió a Richard que condujera él, diciendo que había bebido más de la cuenta de aquel vino espumoso de Turena con el que habían regado la cena. Titubeante, Richard cogió las llaves de mala gana. Él también se había tomado al menos dos copas, quizá tres, y solo hacía unos meses que se había sacado el carné.

El accidente tuvo lugar diez minutos más tarde, a la entrada de Tours. Richard acababa de empezar el discurso que había preparado mentalmente, y que Lambert escuchaba con atención, con las cejas fruncidas pero sin interrumpir. Frente a ellos, un conductor hacía un adelantamiento peligroso a un camión. Luces largas, bocinazo, la carretera era estrecha y Richard tuvo un momento de pánico. Se desvió, se metió en el arcén y sintió que el coche se le escapaba. El resto fue tan rápido que nunca pudo llegar a reconstruir lo que pasó. Después de unas cuantas vueltas de campana, se vio sobre el techo, con las costillas rotas por el cinturón de seguridad, la cabeza dándole vueltas, pero indemne. Lambert había muerto en el acto.

De las horas y días que siguieron, Richard no conservaba más que un recuerdo vago, de pesadilla. Los gendarmes interrogaron

al conductor del camión que se había detenido a unos metros del accidente, pero, por desgracia, su testimonio fue bastante confuso. En cuanto al conductor responsable del accidente, había desaparecido. A Richard le hicieron un análisis en el hospital que reveló una tasa de alcohol baja pero positiva. Solène, que corrió a urgencias, sufrió un ataque de ira. Conmocionada, las palabras que le dirigió a Richard delataban un odio implacable, que sin duda nunca tendría fin.

A las tres de la mañana, Richard acabó en un pequeño hotel. Anonadado, despavorido, no se había atrevido a volver a casa, y no se atrevió a llamar a Isabelle, ni siquiera a Lionel. Hasta el amanecer se repitió que había matado a su padre. Había matado a un hombre al que quería y admiraba, un hombre que casi se había convertido en su padre. Lo había matado porque, en lugar de concentrarse en la carretera, pensaba en lo que iba a confesar, pero que no tuvo tiempo de decir. Lo había matado por su torpeza de conductor inexperto, por sus reflejos sin duda disminuidos por el vino. Y aquel accidente mortal le recordaba con dolor a la avioneta cuyo control había perdido Gilles Castan, ocupado en beber champán en pleno vuelo. Siete años más tarde, Richard provocaba otro drama. ¿Sería el alcohol una fatalidad que iba a perseguirlo para siempre? Al borde de la desesperación, intentaba acordarse: ¿había abusado realmente del vino? Se veía a sí mismo acabarse un vaso, dos... pero no tres, estaba prácticamente seguro. Sin embargo, Lambert había muerto, y no le bastaría su vida entera para expiar la culpa.

Durante dos días se refugió en aquella habitación miserable, llorando hasta quedar sin lágrimas y preparando las palabras que implorarían el perdón. Después tuvo que resignarse y enfrentarse a la familia Ferrière. Cuando se presentó en el umbral de aquella casa donde había sido feliz durante tantos años, Solène lo recibió como si fuera un demonio. Se negó a escucharlo, lo puso por los suelos y dijo que no quería verlo en el entierro. De hecho, no quería volver a verlo, bajo ningún pretexto, jamás. Richard

tuvo que escapar cabizbajo, pero Lionel lo alcanzó en la calle. Intercambiaron algunas frases titubeantes, torpes, sin saber muy bien cómo comportarse el uno con el otro. Al final, Lionel le prometió que recogería sus cosas y se las enviaría en cuanto tuviera una dirección. En aquella acera, y en aquel preciso instante, Richard supo que el abismo que acababa de abrirse en su existencia sería casi imposible de cerrar.

Lo que pasó a continuación fue difícil. Recurrió al poco dinero de su herencia, que había recibido en su mayoría de edad para alquilar un estudio. Durante todo el verano esperó una señal de Isabelle que no llegó. Le escribió, pero Solène le envió la carta de vuelta en el sobre intacto. A finales de agosto, Lionel le mandó una pequeña nota en la que le explicaba que Isa se había ido al extranjero durante unos meses, y que él se encontraba en España. Su madre los había alejado de Tours para que olvidaran su duelo... y a Richard.

En aquellas condiciones, ¿para qué seguir con sus estudios de Derecho? No sería notario, no entraría en la notaría Ferrière, que nunca llegaría a ser Ferrière, Castan y Asociados. De todos modos, no quería abandonar la Turena, pensando que, si se marchaba, no volvería jamás. Y alejarse definitivamente de Isabelle era superior a sus fuerzas. Mientras permaneciera allí, tenía alguna oportunidad de cruzarse con ella, de hablarle, de obtener su perdón. Se dispuso a pensar en todas las opciones profesionales posibles. ¿Qué trabajo lo atraía, qué quería hacer? ¿Cuál era la manera más rápida de ganarse la vida? ¿En cuánto tiempo agotaría su modesto capital? Como no tenía ninguna respuesta a esas preguntas, escogió casi al azar la hostelería. Había un centro de formación cerca de Tours, en la pequeña ciudad de Veigné. Se inscribió en una titulación de técnico superior de marketing y gestión hostelera.

Encontró gente muy diferente de la que había conocido en la universidad. Los intereses, el medio social y las ambiciones no eran las mismas que entre los jóvenes destinados a convertirse en abogados o notarios. Y Richard tuvo la impresión

de haber caído de repente en un mundo más concreto, más real. Nadie conocía su historia, nadie le hablaba de los Ferrière y, contrariamente a lo que hubiera podido temer, le gustaba mucho aquel nuevo ambiente. No solo hizo amigos, sino que se interesó de verdad por el asunto. Sus cursos de prácticas lo llevaron primero hasta Lyon y después a París, donde permaneció seis meses en un gran hotel. París le recordaba a su infancia, a sus padres, pero se dio cuenta de que no tenía ningún deseo de vivir allí. Seguía muy unido a la Turena y, sin reconocérselo a sí mismo, quería seguir respirando el mismo aire que Isabelle. Cuando decidió volver, con la idea de montar un día su propio negocio, lo hizo con el pretexto de que conocía bien la región y que esta era ideal desde un punto de vista turístico. El circuito de los castillos del Loira atraía durante todo el año a una enorme clientela, tanto nacional como extranjera, y la capacidad hotelera estaba aún lejos de ser suficiente. Al principio, trabajó durante dos años como gerente de un establecimiento situado en Blois y luego pasó a dirigir un pequeño hotel de lujo perdido en el campo. Allí fue donde conoció a Jeanne, que daba sus primeros pasos como decoradora de interiores. Contratada para la renovación de las habitaciones, ella se había pasado varios días estudiando el hotel, tomando notas, pero, sobre todo, mirando a Richard, fascinada por su encanto. Se hicieron amantes porque él estaba harto de estar solo, harto de rumiar sobre el pasado, y también porque ella era guapa, estaba llena de vitalidad y dispuesta a todo para complacerlo.

Un año más tarde, cuando Jeanne empezó a hablar de boda, él comprendió que debía poner fin a su sueño secreto de reconquistar a Isabelle. ¿Cuántas veces se había prometido que, cuando triunfara, trataría de volver a verla? ¿Cuántas fantasías había construido en lo más profundo de sí mismo? Y ¿cuándo aceptaría al fin renunciar a aquella ilusión? ¡Isabelle quizá se hubiera casado, podía ser madre de familia! Él había dejado de enviarle cartas que no tenían la menor respuesta e ignoraba en qué tipo de mujer se habría convertido.

Después de muchas dudas, se casó con Jeanne, que quería tener hijos. Reuniendo sus ahorros, tenían la posibilidad de lanzarse a la aventura, así que empezaron a buscar un lugar donde podrían instalarse por su cuenta. Conquistados por el Balbuzard, se endeudaron para comprarlo, hicieron el *dossier* de su proyecto y le dedicaron toda su energía. Durante bastante tiempo, Jeanne no se dio cuenta de que lo que los unía era más una pasión común por el lugar que la pasión amorosa. Perseguían el mismo objetivo y luchaban juntos por alcanzarlo, sin tener tiempo para preguntarse acerca de sus sentimientos. El día que ella se lo planteó, empezó a perder sus ilusiones. Tanto más cuanto que la gran familia que había soñado fundar se limitaba a una sola hija, una niña adorable que nació poco después de la boda, pero a la que no había podido dar hermanos. ¿Demasiado trabajo, demasiado estrés? A pesar de todos sus esfuerzos, Jeanne no se había vuelto a quedar embarazada, y Céline probablemente seguiría siendo hija única.

Como el Balbuzard estaba cerca de Tours, Richard no podía evitar ir a menudo, y a veces oía citar el nombre de Isabelle Ferrière. La abogada Ferrière. Cada vez que oía ese nombre, tan familiar, recordaba su juventud, a Lambert, el accidente. Y por encima de todo, aquellas noches pasadas con el cuerpo de Isabelle entre sus brazos. Cuando pensaba en ello, aún se quedaba sin aliento y el corazón se le aceleraba, pero sabía muy bien que Isabelle no era más que una quimera.

Hasta entonces había conseguido permanecer lejos de ella, ni siquiera se habían cruzado por la calle. Relegada al fondo de su memoria, Isabelle no era más que un recuerdo. Ardiente e intenso, quizá, pero perteneciente al pasado. ¡Y he aquí que por culpa de una maldita fuga de agua, todo parecía cuestionarse de nuevo! Volver a verla era lo peor que podía ocurrirle a Richard, y acababa de ocurrir.

—Isa, Isabelle... —repitió varias veces, aún sentado sobre el murete de piedra de la huerta.

A sus pies, vio tres colillas, que recogió. ¿Tanto tiempo llevaba allí? Prestó atención y oyó los golpes de maza que Martin asestaba a los postes de la valla. Tendría que sentirse alegre ante la idea del terreno que ampliaba el Balbuzard, pero no sentía más que una nostalgia insoportable. Y también un conato de angustia, como un espantoso presentimiento. ¿Sabría resistirse a todo lo que aquel encuentro con Isabelle había removido en él? ¿Cómo se comportaría para disimular ante Jeanne su inmenso desasosiego? Y ¿cómo vencer esa especie de excitación turbia que no lo abandonaba desde el instante en que había aparecido Isabelle con su traje de chaqueta gris?

Abandonó el muro, se sacudió el pantalón con un golpe rabioso y luego se encogió de hombros. Había encontrado el valor de no abandonarse al abrazo provocado por la joven aquella mañana e incluso había sido capaz de largarse. ¡Bueno, no tenía más que seguir así! Volver a dejar a Isa en el fondo de su memoria, considerarla como un primer amor perdido, un amor imposible. Retomar su vida donde la había dejado unas horas antes, al entrar en la notaría.

Una carrera sobre el camino de grava le avisó de la llegada de su hija. Había pasado ya la hora de comer y Jeanne debía estar preguntándose dónde estaría.

—¡Papá, papá, vamos a comer!

Céline atravesó la huerta a la carrera, y saltó por encima de los bancales de verduras. Se arrojó a los brazos de Richard y alzó hacia él su encantadora carita.

—¿Vienes, vienes?

Lo repetía todo dos veces, como la mayoría de los niños de su edad. Con sus trenzas y su aparato dental, le recordó a Isa con la misma edad. ¿Iba a compararlo todo con Isabelle? Se inclinó hacia su hija, la levantó y se la puso sobre los hombros.

—¡Estás empezando a pesar mucho, nenita!

Crecía demasiado deprisa. Preocupado, se preguntó si le estaría concediendo el tiempo y la atención suficientes. Siempre ocupado por la buena marcha del Balbuzard, rara vez se le

ocurría dejar libres los miércoles para estar con ella y se prometió remediarlo.

—Después de comer, te llevo de paseo —anunció.

La niña se puso enseguida a lanzar gritos de alegría, agarrándose con las dos manos al cabello de su padre, que se había puesto a galopar para hacerla reír.